

En compañía del pensador

MANUEL E. VÁZQUEZ
Universidad de Valencia

Heinrich Wiegand Petzet, *Encuentros y diálogos con Martin Heidegger* (1929-1976). Trad. Lorenzo Langbehn. Katz, Buenos Aires, 2007. (*Auf einen Stern Zugehen. Begegnungen mit Martin Heidegger*. 1929-1976. Frankfurtster Societäts-Druckerei, 1983).

La desaparición de un personaje público, en especial si se trata de un intelectual, se prolonga habitualmente en la aparición de toda suerte de documentos de variado interés y naturaleza. Parecería que, encomendados a un singular ejercicio de compensación, los materiales aportados intentarían paliar la ausencia del pensador. La proliferación textual vendría a ocupar el hueco que deja la vida ya ausente. Es el momento en que se acomete la publicación de las obras completas, se da paso a la edición de los intercambios epistolares, se abre el cajón de los inéditos, llegan los encendidos ajustes de cuentas y los rendidos homenajes, se comercializan grabaciones, videos, etc. Toda clase de material se torna significativo, convertido así en vestigio desde el que reconstruir, completar o ampliar una trayectoria intelectual, la trama de sus avatares o el sentido de sus intenciones. Lo pequeño y en ocasiones ínfimo, sometido a la poderosa ampliación de la lente de la curiosidad, cobra el aura al que quizá nunca había aspirado. En virtud de una extraña alquimia, se produce una extenuante ampliación del sentido: nada sobra a la hora de suplir una ausencia. En ocasiones las huellas del autor tienen la forma del testimonio que nos recuerda su ingreso en la historia. La vida perdida se torna así documento integrado en el archivo infinito de su desaparición. Es el momento en el que lo biográfico ocupa el lugar prioritario del que lo apartaba la vida cuando era tal.

Heidegger no es una excepción de ese dispositivo tan complejo y de lógica tan certera. Pero en su caso quizá habría que añadir a todo ello la postrera venganza que se cobra lo marginal. La vida de Heidegger adquiere así un sentido que el mismo Heidegger le había negado en vida. «Vida» o «biografía» son conceptos de escasa relevancia en su obra, postergados a un lugar secundario en favor de la existencia o de lo no-dicho que secretamente alberga todo texto. Antes que abierto a su referencia biográfica, el texto parece abismarse en sí mismo. El recurso a lo biográfico estaría de alguna manera aliado con la caída en las habladurías o en la curiosidad propias del término medio que en la cotidianidad iguala las cosas con el rasero de su mediocridad orientada a la publicidad. En suma, una manera de desviar la mirada esencial, dirigida antes al texto que a la vida, al camino antes que a la obra. Este sería el momento de recordar la reiterada anécdota del Heidegger que preguntado en una de sus clases por la

ausencia de datos biográficos ofrecidos a propósito de Aristóteles, una de cuyas obras era objeto del curso, no tuvo empacho en responder: «Aristóteles nació, trabajó y murió». Ahí empieza y acaba todo, en ello queda compendiado lo que la vida importa al texto.

De los muchos que han venido después, ha sido Heidegger quien de manera más decidida ha hecho de la barrera infranqueable entre la vida y la obra uno de los axiomas de su propia filosofía. Se trata de una exigencia metodológica, sin duda, pero posiblemente pueda ser vista como una manera de defenderse de la mirada curiosa que invade lo privado convirtiéndolo en información, o –de manera malintencionada– como una forma de poner su propia obra a salvo de la sombra que sobre ella pudieran proyectar los compromisos públicos. Sin embargo, bastaría echar una somera ojeada a la analítica existencial de *Ser y tiempo* y su insistencia en salir del círculo vital en que buena parte de la generación anterior había encerrado a la filosofía, para reconocer que se trata antes de un compromiso teórico que de una exculpación práctica.

Originalmente publicado en 1983, *Encuentros y diálogos con Martin Heidegger (1929-1976)* de H. W. Petzet, viene a compensar por el lado del testimonio lo que la conceptualización heideggeriana de la vida se negaba a sí misma por el lado de la teoría. En nuestro caso, el contexto de su recepción lo convertirá en el complemento biográfico de la atención dedicada a Heidegger que manifiestan las numerosas traducciones y estudios publicados en nuestra lengua. Ese contexto también está determinado por el creciente interés que despierta la biografía y la autobiografía, convertidas en géneros señeros del inicio del siglo recién estrenado. Quizá en ello deba verse una manera de mitigar la resistencia a la teoría mediante el recurso a algo más tangible y menos árido. O quizá una forma de superar la autonomía de la teoría, restaurando el vínculo hace mucho tiempo roto entre la vida y el concepto. En el fondo probablemente sea una cuestión de formato y tras el final de los grandes relatos impersonales del espíritu o el ser, debemos llenar su hueco con la dimensión más humana que parece propia de la biografía. Ni siquiera Heidegger se escapa de la atención a lo biográfico que orienta nuestra recepción del libro de Petzet.

Su interés no radica en la documentación aportada –salvo en el caso de alguna carta–, ni en la revelación sorprendente. Ni siquiera alimenta la curiosidad por los detalles escabrosos de la biografía heideggeriana. Antes que todo eso, destaca su respeto y el cuidado en trazar la imagen de un Heidegger cercano y atento a muchas cosas, en el que las alturas especulativas resultan continuación natural de una manera de ser de la que Petzet ofrece un sincero testimonio. En suma, un retrato que rompe con la imagen del pensador refugiado en las altas cumbres, ajeno a cuanto pasaba por su lado, autoritario y más volcado en las sublimidades de lo esencial que en la cotidianidad de lo diario. En el Heidegger presentado, sin violencia encuentra acomodo la excelencia de Hölderlin o Rilke, la lectura de los griegos, la atención a Cezanne, Braque o Chillida, como el no menos estimable fútbol de Beckenbauer, las delicias de un buen vaso de vino o el gusto por la charla con sus paisanos. Sin estridencias se pasa de una cosa a otra –pues una cosa no quita la otra–, y de los honores de la Academia de Bellas Artes de Baviera se transita fluidamente a la austeridad de la cabaña en el bosque y viceversa. A nada de ello son tampoco ajenos algunos datos que completan la imagen que teníamos del personaje, restituyendo la complejidad de la que lo privan los estereotipos que sobre el mismo circulan. Sirvan como ejemplos dispares de ello su admiración por García Lorca –al punto de llegar a reconocerse en algún personaje de una de sus obras–, su preferencia por Joseph

Conrad o el interés que en él despiertan maquinarias, barcos e ingenios varios, tan alejados de los intereses exclusivamente intelectuales que sus ocasionales anfitriones le suponían.

En la base del testimonio de Petzet y su veracidad se encuentra el trato casi continuo durante cuarenta y seis años, su profunda admiración personal e intelectual, y su progresivamente afianzado papel de confidente. A partir de ahí cobra sentido la objetividad del dato contrastable y la subjetividad de la confidencia inverificable. Por ello la imposibilidad de verificación es suplida por la sinceridad de la que extrae su fuerza la narración biográfica. Ese es el caso del libro de Petzet, todo él sostenido por la sinceridad que anima a su testimonio y le otorga el crédito que le concedemos. Valga como ejemplo de ello la narración de las confidencias que a ratos dolido, a ratos resignado y casi siempre impotente, desgrana un Heidegger desengañado de los que un día fueron cercanos y posteriormente se sumaron a la maniobra de aislamiento a que fue sometida su obra y su persona a partir de los años cincuenta. Un Heidegger, también, no menos receloso de los medios de comunicación, bien empeñados en poner a disposición del gran público una imagen distorsionada del pensador, bien empeñados en someter su filosofía a un formato que le es extraño.

Sin embargo, no habría que pasar por alto el sentido último que anima su testimonio. No se trata del ejercicio narcisista de quien quiere dejar constancia de su cercanía a uno de los intelectuales más influyentes del siglo XX. Tampoco desea potenciar su propia imagen al hilo del prestigio heideggeriano. Su interés es más diáfano y menos personal. Para decirlo con sus propias palabras, el libro ha sido escrito «para esta juventud que ya no está familiarizada con la presencia y el efecto que provocó un hombre del que se ha dicho a su muerte que fue "el mayor pensador del siglo", para esta juventud que a menudo no recibe sino una imagen distorsionada de él». El interés del testimonio resulta doble: rectificar la imagen del pensador devenida habitual y abrirlo a la juventud. De lo primero se da buena cuenta desde no pocas perspectivas y no menos circunstancias. Lo segundo resulta más significativo porque como se nos indica más adelante, «Martin Heidegger atraía como un imán a la juventud de aquel tiempo». El primer texto se encuentra en la «Introducción» y éste último en el capítulo titulado «Primeros encuentros»; el primero se refiere al Heidegger posterior a los años 40, el segundo al de finales de los años 20. El libro de Petzet se sitúa así entre la atracción irresistible que un tiempo suscitó la figura de Heidegger y la posterior hostilidad o indiferencia que despertaba su filosofía, cada vez más alejada de una cultura que ya había tomado otros derroteros. Esa distancia entre el apego y la indiferencia, cronológicamente se corresponde con el final de la segunda guerra mundial. El testimonio de Petzet, por eso, en ocasiones vá más allá de su objetivo primero y en su trasfondo deja constancia de la profunda mutación experimentada en ese momento por la cultura y la sociedad alemanas.

Aquí se encuentra lo más significativo del relato de Petzet. En el periodo anterior a la guerra se nos muestra a un Heidegger que con gusto atiende las invitaciones llamadas a ampliar la difusión de su filosofía. Miembro de una acomodada familia de la burguesía a mitad de camino entre la política y la empresa, Petzet se convierte en el joven introductor de Heidegger en el ambiente cultural de Bremen. Los integrantes de los seminarios y los asistentes a las conferencias son atentamente seleccionados y todos los cuidados son pocos para obtener un público capaz de hacerse cargo de una filosofía que luchaba por consolidar un espacio más allá de las aulas universitarias. Ese vínculo con Bremen permanecerá más allá de los avatares bélicos, pero su sentido se verá alterado. Lo que en un principio era una extensión

del trabajo en el aula, con posterioridad a la guerra fue el refugio de un contexto cultural hostil o simplemente indiferente. Esa hostilidad e indiferencia traducen, por el lado de Heidegger, su extrañamiento de lo que hasta entonces había sido su medio natural. Es el momento en que deja de reconocerse en la Universidad, institución cuyo sentido se ha visto profundamente alterado, de la que es apartado y en la que difícilmente encuentra acomodo su filosofía. Es el momento del Heidegger cada vez más alejado del mundo técnicamente acuñado e incapaz de elaborar el sentido de su propio devenir técnico. Es también el momento del Heidegger ajeno a una dinámica cultural guiada por la acumulación y los medios de comunicación, condenado a vivir en el «verboso habitar de una barraca en demolición llamada "sociedad"». En suma, un Heidegger al que de pronto se le ha esfumado el público (esa «juventud» a la que se refiere Petzet) y lucha por encontrar un espacio propio en la nueva configuración cultural, política y técnica donde no encuentra la comprensión que le brinda la difusión y distorsión de su pensamiento. No está de más recordar que buena parte de esas energías encontraron una vía de escape fuera de Alemania –fundamentalmente en quienes Petzet saluda como «los huéspedes franceses»– y que la ausencia del público natural es compensada por el agasajo popular que le brindan sus paisanos, sin que lleguemos a saber si el homenajeado es el ilustre pensador o el reconocido vecino.

En última instancia, el alejamiento y aislamiento que Heidegger experimenta respecto de tantas cosas encuentra su expresión teórica más acabada en su diagnóstico sobre el «final de la filosofía». Ya no se trata de ir más allá de la tradición, vía su destrucción, sino de admitir el final de su trayecto, relevada por esa técnica que ella misma alumbró. Como con reiteración constata Petzet, para ese Heidegger lo prioritario «no es cuestión de doblar, sino de romper». Ese giro, fácilmente ilustrable desde la teoría, ahora nos es dado a leer desde su trasfondo biográfico.

Justamente por ello la ruptura con su contexto cultural, académico, social y teórico sintetizada en su diagnóstico sobre el final de la filosofía, es también una ruptura consigo mismo traducida en apertura vital. En lo fundamental, apertura al arte y, más en concreto, a la pintura. Si hubiera que citar aquí un nombre, al margen de Klee y Chillida, ese sería el de Cezanne: «el camino de Cezanne era el suyo propio», declara con contundencia Petzet. En la narración biográfica de ese acceso al arte y a la pintura se cifra buena parte de lo más original del libro. Cooperó a ello el mismo Petzet, historiador del arte, activo agente cultural y cercano a muchos artistas en cuyo mundo introdujo a Heidegger. Todo parece apoyar la idea de que lo que para el concepto y la filosofía estaba ya clausurado, en la pintura y en el arte encontraba una forma de supervivencia. Son por eso los artistas quienes se convierten en los interlocutores declarados o en los referentes donde encontrar la cercanía propia de las experiencias compartidas: la experiencia de la falta de reconocimiento por transitar vías todavía inexploradas, pero también la experiencia del propio trabajo. Es lo que ocurre cuando tras señalar alguien en el curso de una entrevista la continuidad entre la destrucción filosófica heideggeriana y la manera en que Picasso desmontaba el objeto, se nos informa de que «Heidegger respondió con su silencio, sonriendo elocuentemente». Pero el relato de Petzet no sólo ofrece datos relevantes o esclarece analogías apenas entrevistas; también abre pistas capaces de orientar el trabajo por venir: «queda para el futuro la tarea de aclarar el parentesco entre ambos [Heidegger y Cezanne], y de hacerlo fecundo para el pensamiento, y, por cierto, esto nada tiene que ver con la historia del arte». Quizá tampoco

con la filosofía, podríamos añadir; al menos si seguimos entendiendo por tal esa cuyo final ya diagnosticó Heidegger.

Sin embargo, tanto la cercanía al arte como el extrañamiento cultural que lo provoca acaban denotando algo más radical: la ruptura con el mundo cultural europeo y la apertura al mundo oriental. A esa ruptura con una cierta comprensión de la cultura europea no es ajeno el peregrinaje a Grecia. De esos avatares y viajes deja constancia Petzet, reconstruyendo la unidad del periplo biográfico –rescatado así de la anécdota– y del trayecto filosófico –redimido así el pensador de su condición de anónimo porteador del concepto. Esa apertura a lo oriental que, dicho sea de paso, ha dado lugar a un espacio muy concurrido por la bibliografía heideggeriana, encuentra su epítome en el encuentro prolijamente narrado entre Heidegger y el monje budista Bikkhu Maha Mani, de unos «35 años; hijo de un campesino tailandés, monje del más antiguo de los cuatrocientos templos de Bangkok, profesor de filosofía y de la ciencia del alma en la universidad budista de esa ciudad, luminaria de su escuela monacal y uno de los espíritus más ilustres del Oriente». Pero todo es un poco más complejo, pues no sólo se trata de afinidades biográficas y académicas. Es que Bikkhu Maha Mani, además, «estaba a cargo de varias emisiones televisivas sobre los temas de su especialidad, difundidas por la radio y la televisión de su país». Nada más apasionante, pues, que el encuentro del anciano pensador desengañado de tantas cosas y ese personaje que acumulaba tantas cosas tan decisivas para Heidegger: la espiritualidad oriental y las técnicas de comunicación occidentales; lo más lejano y lo más cercano; aquello a lo que Heidegger se abre y aquello de lo con desconfianza se aleja: lo mejor y lo peor, un Oriente no teñido culturalmente por Europa y una técnica ciega para sus fines.

Antes que un antagonismo, ese el quicio de una decisión. Una decisión esencial, dicho en términos de Heidegger. Una decisión biográfica, vistas las cosas desde el lado de Bikkhu Maha Mani. En el desenlace del episodio se resume de manera inquietante el conflicto entre el imparable curso de los acontecimientos y el lugar que en él ocupa el modesto transitar heideggeriano por las sendas de su propio pensamiento: «un año, poco más o menos, después del encuentro con el monje (¿o quizá más?), me llama Heidegger y dice que tiene que comunicarme algo triste. "El monje con el que tuve aquél buen diálogo abandonó su orden... y entró a trabajar en una compañía de televisión norteamericana"». La vida tiene esas cosas. Por eso en las peripecias vitales propias del género biográfico a veces se compendian irónicamente la tesis de una obra y las perplejidades de un autor. Recordárnoslo de manera indirecta con la discreción y el tacto que sólo cabe esperar de un amigo no es el menor de los méritos de H. W. Petzet y su libro.

